

Un rosario de noticias y vivencias

PREGÓN DE LAS FIESTAS PATRONALES DEL ROSARIO. 29 DE SEPTIEMBRE DE 2018

VICENTE PÉREZ LUIS

Alcalde, concejales, párroco, presidente de la comisión de fiestas, vecinos de El Rosario y de otros municipios: buenas noches.

La vida es una buena noticia. Mi padre, que me dejará la inmejorable herencia de la honradez y la cultura, siempre saludaba a los demás con una iluminadora frase filosófica que nos dejaba pensado: "Felicidades por estar vivos". Y en efecto, a veces transitamos por la existencia con tanta prisa y con tanto trabajo por sobrevivir, que no tenemos tiempo de vivir.

Y es bueno caminar, pero hay que pararse de vez en cuando en el camino, girar los telescopios del pensamiento hacia dentro, hacia el mundo que somos, y hacia fuera, el mundo que habitamos. Divisar el milagro de la vida, de la naturaleza que nos rodea y dentro de ella, las personas con las que merece la pena compartir el siempre breve tiempo que dura nuestro paso por este mundo.

Se preguntarán ustedes qué tiene que ver toda esta filosofía mía con El Rosario, pero voy a intentar explicar en este pregón por qué estoy aquí, o por qué me imagino que estoy aquí. Es un alto honor ser el pregonero de unas fiestas patronales, y espero que cuando llegue al final de este pregón haya podido hacerles entender por qué encontré en este municipio algunas cosas fundamentales que una persona necesita para sentir la plenitud de estar vivo y con la conciencia tranquila.

El marco histórico y artístico en el que leo hoy este pregón tiene mucha significación para mí: amo la naturaleza insular y el patrimonio histórico del pueblo canario. Es lo que nos hace distintos en el concierto de los pueblos de la tierra, pero también depositarios de influencias de muchas culturas, de Europa, de África y de América.

Pronuncio estas palabras en estas cuatro paredes de una ermita construida en 1534. Una ermita humilde, pero al mismo tiempo llena de riqueza interior, como tal vez lo son muchas personas que he tenido la suerte de encontrarme en este pueblo de ustedes.

Arte el de estas imágenes de Nuestra Señora del Rosario, de San Amaro y de San José con el Niño, esculpidas en los siglos XVII y XVIII, por manos escultoras que no sabemos quiénes fueron, pero que sobreviven en su obra, y que tenemos la obligación de legar a las futuras generaciones.

Y hablo desde un lugar que me recuerda los ya lejanos años en que fui monaguillo, en otra

ermita del siglo XVI, en el barrio icodense de Buen Paso, cuando, investido de la bata blanca, leía a ante los feligreses pasajes de la Biblia. Recuerdo leer aquellas frases bíblicas que tanto me impresionaron: "La Verdad os hará libres", "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los Cielos", "El que esté libre de culpe que tire la primera piedra", "Amaos los unos a los otros como yo os he amado", "Bienaventurados los que tienen sed y hambre de justicia".

Un cura, don Francisco, recientemente fallecido, me enseñó a tocar la guitarra. En el coro parroquial de mi barrio natal, en Buen Paso, Icod de los Vinos, hicimos una vez un viaje a La Gomera, a cantar la misa en Hermigua. Durante la travesía en barco, subí a cubierta, porque me gusta sentir la brisa del alisio y ver las siluetas de las islas en el horizonte como viejos lagartos gigantes sobre el mar.

Allí me encontré a un anciano sentado, envuelto en un abrigo, y me senté a su lado. Poco a poco entramos en conversación. Le comenté el objetivo de mi viaje y comenzamos a hablar de la Iglesia como institución. Yo le decía que lo importante de la religión no son las cruces de oro ni de plata, ni las grandes catedrales, porque el Hijo del Dios de los cristianos había nacido pobre en un portal de Belén y, ya de adulto, había echado a los mercaderes del templo, porque la religión no podía usarse como negocio.

Y le decía a aquel buen hombre en la cubierta del barco de Fred Olsen que los lujos no son el objetivo de un buen cristiano, sino la comprensión, la tolerancia, la generosidad, la solidaridad, la ayuda al desvalido, la paz, el sentido de la justicia, y, en una palabra, el amor al prójimo. Unos principios del cristianismo primitivo de los que en muchos momentos de la historia la Iglesia se había apartado. Él me daba la razón, incluso participaba con entusiasmo en la conversación diciendo que la Iglesia había cometido muchos errores y que debía con humildad adaptarse a unos tiempos nuevos.

Ya divisábamos ambos la cercanía de La Gomera, cuando aquel hombre sencillo y de sabias palabras se apartó el abrigo y vi que llevaba un alzacuellos propio de un sacerdote. Entonces, con gesto de sorpresa, le pregunté: Ah, pero ¿usted es cura? Perdóneme, no quería ofenderle, pero es lo que pienso. Y él, amable me respondió: "Sí, no te preocupes, muchacho, si estamos de acuerdo". Le pregunté entonces si era párroco de alguna iglesia gomera, y, con una amable sonrisa irónica, me puso su mano en la mía, me miró a los ojos y me dijo: "No, yo soy el obispo de Tenerife, me llamo Damián Iguacen Borau".

En efecto, nos encontramos en un lugar cargado de historia, una ermita declarada Bien de Interés Cultural, junto con la llamada Casa del Pirata (en realidad fue un corsario, un pirata con permiso del rey para capturar y desvalijar a barcos enemigos) con categoría de Sitio Histórico, al lado también de otro Bien de Interés Cultural, el camino de la Virgen, uno de los más antiguos de Tenerife, pues desde el siglo XVI ya unía el Santuario del Cristo, en La Laguna, con la morada de la Virgen de Candelaria. Por aquí paraban, y paran, a descansar los romeros.

Y cada vez que piso este lugar siento la presencia de las miles de pisadas que hollaron este

sendero, las miles de miradas que contemplaron aquí el mar, todas las vidas sencillas que transitaban por estos rincones de Machado, con sus felices besos de amor a escondidas y sus amarguras de la existencia. Tangas gentes campesinas en el esfuerzo diario de la sufrida vida en el campo, salpicadas veces aliviada por fiestas o peregrinaciones.

Pocos son en Canarias los caminos declarados con esta máxima categoría, de Bien de Interés Cultural (BIC). El que por aquí pasa tenía 21 kilómetros en sus primeros siglos, del cual se conservan cinco tramos, algunos con su diseño original de tres metros de ancho, delimitado por paredes de piedra y suelo empedrado.

Hace años tuve la ocasión de recorrerlo desde este lugar hasta Barranco Hondo, con dos guías de excepción: el catedrático emérito de Botánica de la Universidad de La Laguna, Wolfredo Wildpret, quien por cierto reside en este municipio, y el montañero Miguel Pérez Carballo, gran conocedor y defensor de los caminos tradicionales.

Wildpret es un sabio de las plantas, y en aquella caminata con él, me descubrió como si diera una lección magistral a sus alumnos universitarios, el tesoro de una rica vegetación que es capaz de soportar los rigores del verano y florecer, como un milagro de la vida, tras las lluvias del invierno. Como los esforzados habitantes de Machado en los tiempos difíciles.

Animo al Ayuntamiento de El Rosario a cuidar y recuperar lo que de este camino ha llegado a nuestros días, así como la riqueza botánica, geológica, etnográfica y arqueológica que hay a su alrededor, buscando la ayuda del Cabildo y del Gobierno canario. Además de peregrinos, el Camino de la Virgen atrae a senderistas, que dinamizan la economía de los lugares por donde pasan, como ha estudiado y demostrado el doctor en Geografía José Juan Cano, autor de una tesis sobre los caminos tradicionales, con quien también recorrí esta vía pedestre que atraviesa El Rosario. Él ha inventariado cerca de 500 kilómetros de senderos, distribuidos en 64 itinerarios por toda la piel de Tenerife. Esta red insular de vías comarcales a pie pudo tener en su día más de 2.000 kilómetros.

Pero también siento el dolor de ver cómo la Casa de los Mesa, o del Pirata, en realidad corsario, aquel personaje lagunero tan novelesco, rico y caritativo que vivió a caballo entre los siglos XVII y XVIII, hoy se encuentra en ruinas. Una casa no derrumbada por el tiempo, sino por la avaricia destructora de los buscadores de un tesoro legendario que nunca nadie podrá encontrar. Y no lo hallarán porque no existe, pues el auténtico tesoro era y es la propia casa, una magnífica hacienda rural, de impecable estilo tradicional, con su era y con su aljibe, sus estancias, y su patio. Se la atribuye a Amaro Pargo, quien llegó a poseer más de 60 viviendas en Tenerife. Incluso ayudó a esta parroquia, pues tenía fama de caritativo. Cuando la recorrí algunos años atrás de la mano de José Juan Cano y del profesor de aparejadores Felipe Monzón, fue como visitar un pueblo bombardeado. Una auténtica pena: cada año la casa es menos casa y más recuerdo de lo que un día fue.

Mucho se ha escrito sobre este corsario, y no voy a hacer yo hoy de historiador, pero esta histórica vivienda era, y sigue siendo en sí misma, valiosa, aunque no la hubiera pisado nunca

el famoso corsario. Me consta que el actual alcalde, estando entonces en la oposición, propuso, sin que le hicieran caso que esta casa fuera adquirida y rehabilitada, y que también en este mandato, ya como regidor municipal, ha buscado la colaboración del Cabildo, sin que hasta ahora haya obtenido respuesta.

Me sirve este momento para alzar la voz una vez más en favor de la recuperación de las viviendas tradicionales, desde las grandes casonas señoriales a las humildes casas campesinas de piedra y barro. Se están muriendo en nuestras ciudades y nuestros campos, víctimas del olvido, del desconocimiento de nuestra historia, de la especulación urbanística, de la falta de recursos económicos y de la ausencia a menudo de voluntad política para tomar medidas legislativas que obliguen y a la vez ayuden a arreglarlas.

Una auténtico atentado que entre todos estamos permitiendo, y no solo porque se trate de nuestras señas de identidad culturales, sino porque en todo el mundo cuidar del patrimonio histórico de cada lugar es un potente estímulo para crear empleo y riqueza. Puestos de trabajo tanto en las obras de su conservación y rehabilitación, como en las empresas que viven de los visitantes atraídos por núcleos históricos y paisajes bien cuidados. Lo descuidado, lo feo... no atrae sino pobreza.

La desacertada, antiestética y caótica urbanización de nuestras medianías y nuestras costas (en este municipio tenemos ejemplos de los que no es responsable el actual Ayuntamiento) ha abierto unas heridas en el paisaje difíciles de curar. En la época en que el turismo nos sacaba de la miseria, en muchos lugares de Tenerife se construían decenas de miles de viviendas sin orden ni concierto, feas y tristemente desgajadas nuestra arquitectura tradicional.

Pero no soy pesimista, creo en la capacidad de rectificación del ser humano y animo a salvar lo que nos queda, que aún es mucho, y a arreglar lo que hemos desconchado.

Vengo de una vecina capital, Santa Cruz, donde un grupo de personas -pocas, pero honradas- estamos luchando por este fin desde una asociación que presido. Queremos evitar más crímenes contra los cascos históricos, donde las palas han derribado más de la cuenta en el pasado. En el lado opuesto tenemos personas que actúan solo al dictado de intereses de ciertos constructores aún a costa de seguir tumbando la historial. Por más que nos traten de engañar y de comulgar con ruedas de molino, se quiere demoler inmuebles varias veces centenarios que son patrimonio del pueblo canario.

Sé de lo que hablo. Yo me crié en una casa preciosa de piedra, barro, cal y tea, construida por mi abuelo en 1927 con el dinero que se trajo tras 15 años en Cuba guataqueando caña. En ese hogar paterno, placenta arquitectónica de mi infancia, me enseñó mi padre que había que respetar a la naturaleza, además de a las personas, que también son naturaleza.

Ese hombre bueno que me dio la mitad mi ser nunca taló un árbol, nunca mató un lagarto, nunca quiso comer los animales que criaba, siempre llevaba un gato al pie, nunca tiró un papel al suelo, nunca me levantó la voz ni la mano... me hizo comprender, amarrando la viña o

cortando las uvas o trasegando el vino en las barricas, que las personas somos una parte más de la madre naturaleza. Si la maltratas, te maltratas a ti mismo.

Como mi padre ni mi madre tuvieron nunca coche, recorrimos en guagua toda la Isla, y en mi niñez su excursión favorita era visitar la Basílica de Candelaria, luego el Cristo de La Laguna y después al padre Teide, que es una especie de patrón pagano de los canarios, y donde moraba, por cierto, Guayota, el diablo de los guanches, que llamaban Acorán a Dios, a su Ser Supremo. Así que camino de Candelaria y del Teide fui conociendo este pueblo de El Rosario en mi niñez.

Y al igual que el conquistador Alonso Fernández de Lugo, en aquel ya lejano siglo XV, huyendo de los guanches que, en legítima defensa frente al invasor, le habían derrotado en Acentejo al llegar a El Rosario vio Santa Cruz y tuvo la esperanza de salir con vida (y por eso se llama La Esperanza, La Esperanza) yo también encontré aquí, de alguna manera, la esperanza del medio ambiente, de poder hacer periodismo y de contar la verdad que fuera útil y buena para la sociedad.

Para mí, el periodismo empezó a la tierna edad de 10 años. En otros lugares donde también he tenido la dicha de ser pregonero (en mi pueblo natal, Icod, y en donde di mis primeros pasos periodísticos, en La Guancha) he contado cómo a esa edad decidí doblar un folio a la mitad y crear un periódico que escribía a mano y que distribuía entre mis familiares, en el barrio icodense de Buen Paso, a los pies del Teide. Primero manuscrito y luego a máquina, aquel periódico fue para mí un juego de niño que pronto fue muy en serio, y a los 13 años comencé a publicar en el periódico EL DIA de la mano de un maestro de escuela y maestro de periodistas, Salvador Pérez, que es para mí un padre en mi oficio.

De ese otro hombre bueno y sabio aprendí lo que luego escucharía decir en la Facultad de Periodismo: que un periodista, si quiere llamarse así, tiene que contar la verdad, caiga quien caiga, le pese a quien le pese, ayude a quien ayude, perjudique a quien perjudique. Porque como dijo Jesús de Nazaret, la Verdad nos hará libres, aunque él se refiriera a otra Verdad.

En efecto, el periodista es aquel profesional que cuenta la verdad de interés general -no los chismeríos-, que lo cuenta con amenidad y que contrasta lo que cuenta. Cuando el periodista se aparta de eso, cuando no puede contar la verdad, cuando la cuenta a medias, o cuando sencillamente cuenta mentiras, ha dejado de ser periodista.

Conozco a periodistas que lo han hecho cumpliendo órdenes de superiores para poder comer, y otros, los menos, para vivir muy bien, sumándose a la ola de la indecencia. Yo no pretendo vanagloriarme de formar parte de la legión de los ángeles, porque quien esté libre de culpa que tire la primera piedra, pero a estas alturas de la vida me interesa más el patrimonio de la ética, de la honradez. Y no me importa tanto el patrimonio de las cosas materiales, ninguna de las cuales me llevaré a la tumba, porque tampoco a los faraones de Egipto, a quienes enterraban con todas sus riquezas, eso les devolvía la vida, como tampoco se puede comprar más vida ni encontrando el tesoro de nuestro Amaro Pargo.

Así que con esos valores, y ya trabajando en DIARIO DE AVISOS, me nombraron jefe de sección del área Metropolitana y me tocó informar de este municipio, allá por el año 2005. Lo primero que me dijeron es que el máximo accionista de ese periódico, hasta hace dos años, don Elías Bacallado, había sido alcalde de El Rosario.

Eso siempre lo tuve presente, porque, cuando llegaron las noticias delicadas, cuando el ejercer el periodismo puso en mis manos informaciones complicadas, Don Elías solo me pedía una cosa: que respetara el buen nombre de El Rosario y que todo fuera por el bien de ese pueblo, su pueblo.

No voy a negar que algunas informaciones se publicaron con problemas, pero puedo decir, y quiero que conste en acta, que Don Elías, mientras fue el máximo propietario de Diario de Avisos, durante 16 años siempre me trató con exquisito respeto, siempre valoró mi afán de hacer buen periodismo, y jamás tuvo una palabra conmigo de la que pueda guardar mal recuerdo.

Así que cuando camino por la calle que en este municipio lleva su nombre, pienso que Don Elías Bacallado también llevará para siempre, de forma merecida, una calle en el callejero de mi memoria y de mis agradecimientos, porque fue en su periódico, mientras él fue su propietario, donde publiqué durante 18 años todo lo que aquí cuento, y mucho más.

Decidí entonces que a los plenos del Ayuntamiento de El Rosario tenía que venir siempre un redactor, pues me parecía un municipio desasistido entonces de atención informativa. Fue así como un grupo de periodistas, entre los que tengo que recordar aquí a Carmen Izquierdo y a Esaú Hernández, por su especial compromiso con la profesión tal cual yo la concibo, profundizamos en la actualidad de este pueblo, con aspiración de rigor y con vocación de servicio, entre los años 2005 y 2011.

He conocido tres alcaldes de este municipio. Del primero, ya hablé. Su sucesor, Macario Benítez, rigió los destinos de este pueblo durante más de tres décadas, todo un récord de elecciones ganadas en la etapa democrática. Lo entrevisté una vez, y en otra ocasión Carmen Izquierdo, y entonces hablábamos del Plan General, del problema del agua de abasto en verano, de la agricultura, y de polémicas que entonces estaban candentes, como los proyectos para Montaña Carbonero, las urbanizaciones de Varadero o Montaña Jagua -todos luego anulados en los tribunales- las extracciones en Birmagen, y tantos otros.

Es cierto que muchas informaciones que investigué y publiqué como periodista no fueron buenas para el anterior alcalde, que luego fue condenado en los tribunales de Justicia, pero también publicamos otras que sí lo fueron, y para mí fue interesante entrevistarle, por su larga trayectoria al frente de los destinos de este pueblo. Por ello aprovecho hoy la ocasión para dejar claro, porque nunca está de más, que como profesional solo cumplí con mi deber, el de informar, y que aquellas noticias nunca tuvieron la mínima motivación mía de atacar a nadie en el plano personal ni tampoco en el político. Quiero, por tanto que conste en esta especie de acta de mi relación con El Rosario que hoy deseo dejar sellada como un acto de amor a este

pueblo.

Quienes me conocen saben que no pertenezco, ni he pertenecido, y, mientras sea periodista, no perteneceré a ningún partido político, y que solo me caso con una persona: con mi esposa, a quien agradezco la paciencia de las muchas horas que esta profesión le quita a la familia, y su profundo sentido de la ética.

He citado lugares hermosos de este pueblo que han estado amenazados. Hoy en día, cuando camino por las laderas de Varadero, entre tabaibas y pájaros, viendo salir el sol por el horizonte grancanario, o desaparecer por la alta dorsal de Pedro Gil (el Gil, tan presente en este municipio), sentado bajo el arco natural tan hermoso que allí existe, recuerdo aquellos años de noticias difíciles en que ese espacio protegido por el Cabildo de Tenerife a través de su Plan Insular de Ordenación pudo haber desaparecido bajo las urbanizaciones.

Y no, no soy un enemigo del progreso, ni tampoco del cemento ni del asfalto, pero sí pienso que, como decían los magistrados que dictaron algunas sentencias judiciales sobre este particular, la protección que se da a Varadero está, y cito literalmente, "plenamente justificada". El paisaje es para Canarias un tesoro más valioso que todos los que tuvo Amaro Pargo (gran personaje este del que luego hablaré).

Por el paisaje, y no solo por nuestro sol, vienen a Canarias millones de turistas que nos salvaron de la miseria, aunque no hayamos sabido aprovechar como se debería esa gallina de los huevos de oro, sino que a menudo la hemos desplumado y maltratado.

Yo conocí al inolvidable César Manrique, el universal artista de Lanzarote, quien defendió como nadie nuestra arquitectura popular, nuestra naturaleza. Y lo hizo solo por el gran amor que sentía por su tierra y por su cultura popular, sino por su enorme belleza para atraer turismo, que es el motor de nuestra economía, aunque no baste para enjugar el paro que siempre golpea a nuestra sociedad.

Tan acertado estaba César, con quien pasé tres días durante una visita que hizo en 1986 a La Guancha, donde lo entrevisté con 15 años, que Lanzarote salió así de la pobreza, y la receta tuvo tal éxito que al final aquel recordado creador y ecologista tuvo que luchar contra los especuladores y avariciosos que quisieron romper el saco de la insular riqueza traída por el turismo.

Varadero se salvó de la destrucción y sí, yo contribuí con mis noticias y mis investigaciones a que eso fuera así, y lo hice en defensa del interés general y de la legalidad.

También escribí, y mucho, de Montaña Carbonero, ese volcán que preside la entrada a La Esperanza. Vivimos sobre la obra de los volcanes, que destruyen pero también construyen el suelo que pisamos. Sobre las antiguas lavas, convertidas en tierra de labranza por la evolución de la naturaleza, en Montaña Carbonero la familia González Gil siempre ha cultivado sus papas ecológicas, en largos bancales de surcos perfectos, como trazados por un artista.

El amor de esa familia por la agricultura es lo que le permitió resistir y rechazar los intentos de urbanizar sus huertas, de machacar parte de la montaña, una larga batalla que ganaron en los tribunales de Justicia. Mientras todo el mundo prefería el cemento a la tierra, ellos defendieron lo segundo, aunque les diera mucho menos dinero.

También con este asunto cumplí mi función de periodista, al comprobar, como luego confirmaron también los jueces, que esta simbólica montaña no podía ser destruida.

Igualmente, cuando he paseado por El Rosario, observo un paisaje con yacimientos arqueológicos, la herencia de los guanches. La huella de aquel pueblo que pisó esta tierra antes que nosotros, injustamente olvidado a pesar de que parte de nuestra sangre venga de ellos, la podemos encontrar hoy en lugares como el barranco Cruz de las Ánimas, El Tablero, El Chorrillo, Barranco del Brezo, Barranco Hondo o Barranco de Jagua. En Jagua conocí precisamente a un vecino, Javier, que también luchó, y ganó, contra el intento de urbanizar el campo.

La naturaleza, es decir, la madre tierra de la que formamos parte, parece a veces gritar de dolor. Fue una sensación que tuve en la cima de la montaña Birmagen, cuando contemplé, hace años, la enorme cortadura que han dejado las extracciones de áridos en este antiguo cráter volcánico con nombre guanche. Un grave problema del paisaje al que alguien debe empezar a poner una, por otra parte, difícil solución. También sobre esto escribí mucho.

Aquel paisaje herido contrasta, como por arte de magia, sin embargo con el otro lado de la montaña, aún no comido por las palas, donde a mí me pareció estar en el paraíso, en medio de una fabulosa extensión de cultivos de cereales. Es como la cara y la cruz de nuestra moneda medioambiental, tan cerca la belleza del horror.

En aquel paraje, pero también en todo el municipio, cuando llega la primavera, de repente surgen, de la mano de un pintor invisible, mantos de flores. Flores de los que se saca la miel. Sabrosas mieles de El Rosario que he visto mimar con gran conciencia a personas como José Manuel Marichal, siempre bregando por los derechos de los apicultores de su pueblo, con su hijo Cristian ya tomando el relevo.

De ellos también escribí, de los problemas de la apicultura, que son los problemas de la agricultura canaria de los pequeños productores. La falta de relevo generacional en el campo canario es un auténtico drama para el paisaje y para nuestra ya inalcanzable autosuficiencia alimentaria. ¿Qué pasaría -es la pregunta- si un día no pudiéramos importar de fuera caso todo lo que comemos?

Y aún así hay quienes toman el relevo, jóvenes que han querido el oficio de sus padres y seguir adelante con el sector primario. Me admiró el caso de un pastor de ovejas, Ángel Domínguez, treinteañero a quien entrevisté junto a su ganado en La Esperanza. “Los niños de hoy no saben bien lo que es una oveja o una cabra”, me comentó en un invierno del año 2012, orgulloso de su cultura campesina, en su casa de El Roquillo, mientras oía el golpeteo de la lluvia sobre las

hojas de los castañeros, como un repicar de campanas de fiesta tras la peor sequía en 70 años.

El agua, siempre tan importante, es la que da la vida, como una madre transparente de todos los seres vivos. Agua que yo quisiera transparente en el mar, nuestro mar adonde van a parar nuestros residuos. Desde hace décadas la costa de este municipio, y la de toda Canarias, ha tenido problemas de vertidos que ensucian nuestros mares, y me congratula saber que por fin hay proyectos y obras para solucionarlos. Pero también hay que pedirlo a la vecina Santa Cruz, pues de allí llega también por mar, como viajero indeseable, los restos mal tratados de las aguas urbanas, ensuciando las costas de El Rosario.

Transparencia y limpieza del agua y del aire, y transparencia y limpieza en la política.

He nombrado a dos alcaldes, y me queda un tercero, el actual, Escolástico Gil. Lo conocí en la oposición, y fueron muchas las veces que hablamos por razones de mi profesión. No tengo por costumbre elogiar ni denigrar a los políticos, por lo que me limitaré a destacar de él su respeto por mi labor profesional, durante la cual nunca me ha contado mentiras, sino verdades. Y nada ama más un periodista que la verdad, y nada puede odiar más un periodista que a la mentira.

En el bosque confuso de la información de hoy en las redes sociales y en los periódicos digitales, hace falta más que nunca profesionales que cumplan las reglas éticas del oficio: contar la verdad contrastada de interés general y contarla con amenidad y buen lenguaje. Sin ética, sin un valor moral que guíe nuestros pasos, la vida se vuelve un barco a la deriva, al azar de las corrientes y los vientos de la avaricia, la deshonestidad y la mala fe.

Sin ética y sin libertad. Cuando caminaba yo hace poco por el monte de Las Raíces pensé en lo importante que es para un periodista libertad, acaso para cualquier ser humano, sin la cual no es posible el periodismo y, si me apuran, la vida. Y qué terrible la pérdida de la libertad y de la democracia. Nada más trágico que la guerra, el mayor fracaso del ser humano porque cada vida es un bien irrepetible e intransferible.

Allí, en el monte de Las Raíces, donde antes se levantaba un monumento en homenaje a lo que no se puede homenajear, puse yo, bajo la fresca sombra de los pinos canarios, otro monolito imaginario en homenaje a la democracia en paz.

Allí, en Las Raíces, a los pies de un tronco, yo leería en voz alta las palabras que puso Cervantes en boca del idealista Don Quijote de La Mancha dirigiéndose a su fiel escudero: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida".

Gracias por darme este honor y esta recuerdo que nunca olvidaré, felices fiestas en honor de la Virgen del Rosario. Buenas noches.